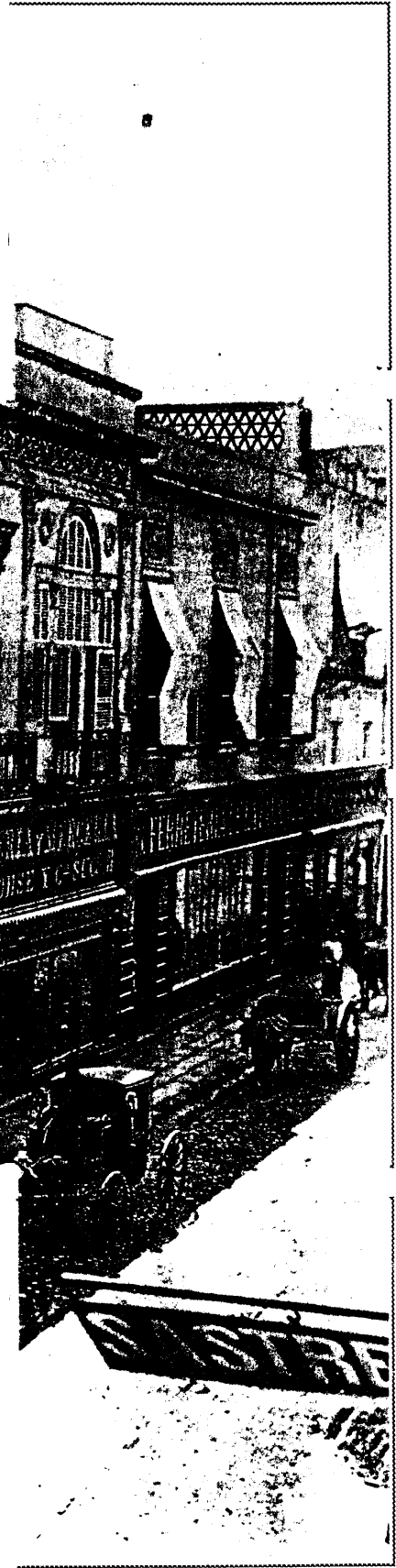
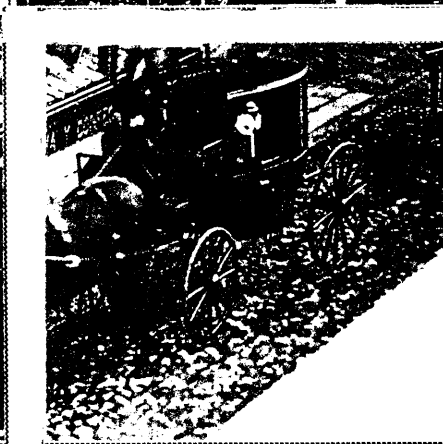
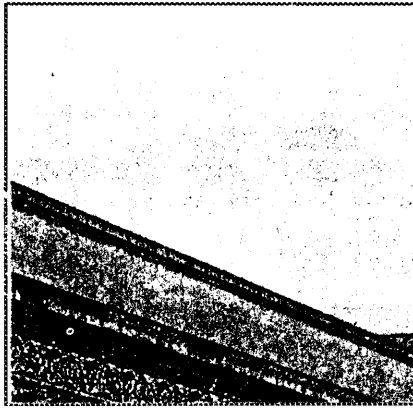




ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA SOCIAL EN LA CIUDAD DE MEXICO, DURANTE LA EPIDEMIA DE COLERA EN 1833

Margarito Crispín
Castellanos *

INTRODUCCION

DESDE principios del año 1833, los periódicos capitalinos informaron de la cercanía del cólera.

Por los caminos que tenían como destino la ciudad de México sólo llegaban malas noticias, traídas por cientos de comerciantes. El nerviosismo cundía entre los capitalinos. Los curas presagiaban el Juicio Final y advertían la nueva llegada del Mesías.

La enfermedad era tema de conversación entre los asiduos a las parroquias, las pláticas, los intelectuales, los políticos y las damas que acostumbraban pasear por la Alameda. A algunos los motivó a ponerse a dieta, a otros a salir de la ciudad y a los más mojigatos, a frecuentar la iglesia con mayor ahínco.

Sin duda la ciudad ya no era la misma, se preparaba para recibir al cólera, una enfermedad que venía desde el Asia, pero que el ferrocarril y los barcos de vapor transportaban rápidamente.

Cuando los primeros casos aparecieron, a mediados de ese año, la histeria y el pavor se hicieron presentes; una cruel realidad había comenzado para los miles que habitaban la ciudad capital.

* Investigador del Archivo histórico de la Secretaría de Salud.

Lo que siguió es lo que vamos a abordar a continuación. Para tal efecto, hemos dividido el trabajo en varias partes. En la primera se intentará describir las condiciones sanitarias en que se encontraba la ciudad de México durante las décadas iniciales del siglo XIX. En las siguientes se abarcarán temas relacionados con las manifestaciones emocionales de los afectados de cólera, y las repercusiones que tuvo esta epidemia en la Iglesia y el gobierno.

Es necesario advertir que en este trabajo utilizaremos el término epidemia para hablar de aquella enfermedad contagiosa que afecta, durante un tiempo dado y en un territorio limitado, a un gran número de personas.

I

LA INSALUBRIDAD DE LA CIUDAD DE MEXICO

En 1833, se conocía la sintomatología del cólera y su origen; pero se

desconocía la causa y la forma más peligrosa de propagación.¹

Se sabía que Hipócrates, en el año 460 A.C., la había registrado y que también lo habían hecho Galeno y Areteo de Capadocia. De igual forma se tenía conocimiento de los estudios de Sidenham en Londres, en 1669; de Huxam en 1741, en París. Así como de los llevados a cabo en la India en 1762.²

Sin embargo, nada se había avanzado; los estudios no mostraban resultados favorables y la epidemia de 1833 cegó la vida de miles de personas.

En la ciudad de México, los tratamientos que se daban al agua y a los excrementos humanos tuvieron influjo fundamental en la propagación del cólera.

Los sectores marginados se encontraban en los niveles mínimos de higiene. No se contaba con un sistema que permitiera sacar de las casas los excrementos y el agua sucia de las cocinas. Sólo se contaba con caños que depositaban las heces en la calle, en albañales o en la acequia más cercana.

La letrina consistía en un pozo con un postigo en la parte superior. Se encontraba conectada a la atarjea principal de la calle o al canal más cercano, siempre llenos y pestilentes.³

Por lo general, los capitalinos preferían arrojar las heces fecales en las esquinas para que un carretón tirado por mulas pasara al anochecer a recogerlas.⁴

Muchas costumbres del México decimonónico fueron heredadas de la Colonia, y aun cuando el virrey de la Nueva España, Carlos Francisco de Croix, en 1769, prohibió por un decreto arrojar desperdicios a las calles, siguió haciéndose hasta bien entrado el siglo XIX.⁵

En 1824 hubo un intento similar; pero las vicisitudes políticas y limitaciones económicas lo bloquearon.

Los escasos recursos federales, que hubieran servido para mejorar la higiene de la ciudad, se dedicaban al aparato de guerra y a mantener un pequeño grupo que vivía de hacer política desde los puestos administrativos.

De esa manera, durante las primeras décadas del siglo XIX, se dieron las condiciones necesarias para que el cólera hiciera estragos entre la población capitalina.

EL MIEDO; UNA FORMA DE LLEGAR AL COLERA

Las consecuencias de una catástrofe generalmente tienen grandes alcances sobre la sociedad afectada, influyen en múltiples aspectos y, en el peor de los casos, pueden destruirla. La historia de la humanidad registra terremotos, incendios, erupciones de volcanes, guerras o enfermedades que han destruido civilizaciones y culturas.

A una enfermedad sólo le toma algunos meses o años destruir lo que a los humanos costó siglos generar.

La epidemia del cólera que azotó la ciudad de México en 1833, afectó a la población en muchos aspectos, sin embargo, donde más repercutió fue en el estado anímico de la misma. Las personas, afectadas o no, reaccionaban psicológicamente de distintas maneras, una de ellas fue el miedo.

Una vez que se presentaron los primeros casos de cólera, la capital no volvió a ser la misma: "Las calles silenciosas y desiertas en que resonaban a distancia los pasos precipitados de alguno que corría en pos de auxilio; las banderolas amarillas, negras y blancas que servían de aviso de la enfermedad, de médicos, sacerdotes y casas de caridad; las boticas apretadas de gentes; los templos con las puertas abiertas de par en par con mil luces en los altares, la gente arrodillada con los brazos en cruz derramando lágrimas. A gran distancia el chirrido lúgubre de carros que atravesaban llenos de cadáveres... espantosa soledad y silencio".⁶

El temor al cólera propició que la enfermedad tomara dimensiones apocalípticas y contribuyó en gran parte a vulnerar el sistema inmune de las personas.

Un ejemplo de esto fue el caso de doña Dolores de Caballero de los Olivos, quien "había sufrido un trauma psíquico considerable al aparecer los primeros casos de cólera. Días después enfermó de

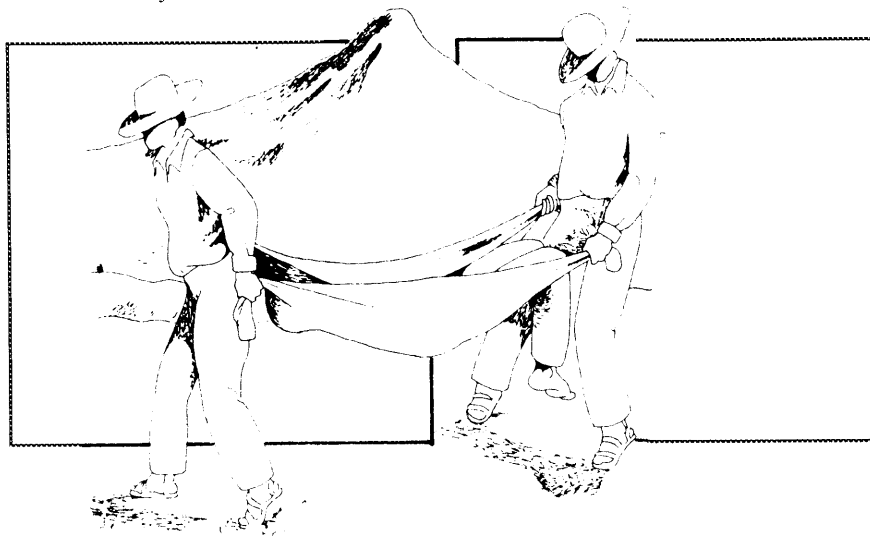
cólera y su psicosis contribuyó a un estado catatónico. En estado de muerte aparente fue llevada a la iglesia de San Diego, donde quedó depositada. Por el intenso trabajo de los sepultureros, sería enterrada al siguiente día. Sin embargo, en la madrugada se dispuso su estado catatónico y doña Dolores, como alma en pena, con un cirio encendido en mano recorrió las larguísimas calles del Calvario y el Puente de San Francisco... hasta llegar a La Casa de los Azulejos, con el pavor de sus familiares y criados".⁷

Casos como estos eran frecuentes en tiempos de cólera; pero qué otra cosa se podía esperar cuando no existía información confiable sobre él, sólo la certeza de que quien lo padecía podía morir.

El doctor Juan Nepomuceno Bolaños nos cuenta dos casos muy curiosos, uno de ellos sucedido al licenciado don Joaquín Miura y Bustamante, quien tenía tal horror al cólera que "aun cuando no había aparecido en la república, ya la idea de esta enfermedad lo afligía, se puso a dieta con mucha anticipación... y no hablaba de otra cosa... que de las causas que predisponen al cólera, de las señales que lo anuncian, de lo terrible de sus síntomas, etc. El cólera se presentó y entre los muchos atacados fue uno de ellos... el resultado fue funesto".⁸

Era obvio el desenlace, porque don Joaquín no sabía que el miedo a la enfermedad era perjudicial en tiempo de cólera. El resultado, bajo cualquier tratamiento, hubiera sido el mismo puesto que él se había señalado con anticipación como una de las víctimas.

El otro caso tuvo un resultado opuesto. "El enfermo se hallaba en el más grande abatimiento, demudado el semblante, casi sin poder hablar y con todo el cuerpo frío y tieso. Comprendí que todo esto era causado en mucha parte por el terror de que estaba sobrecogida la persona... con tono seguro y decisivo dije a los circunstantes en voz clara, para que lo oyera el enfermo. No es cólera lo que tiene este señor; ni son éstas disposiciones de la epidemia. Aquí hay más



miedo que enfermedad. Al momento prorrumpió el enfermo con voz viva y bien perceptible preguntándome si lo que decía era exacto. A lo que asentí al momento y el enfermo se curó del miedo varios días después".⁹

Así, pues, casos como éstos reflejan que a causa del cólera morían dos clases de personas: los miedosos y los epidemiados.

Otro caso singular fue el de "un enfermo que se había tratado de una infección en el estómago extremadamente rebelde, y que se había restablecido mucho, tuvo miedo de la cólera (*sic*), fue a ver a uno de sus amigos atacados de esta enfermedad; no penetró en la habitación del enfermo, pero encontró a todos llorando con la desolación en sus figuras; aunque apenas entró en la casa fue al instante atacado de la cólera (*sic*) y juzgó que moriría pronto. Sin embargo, varios días después se recuperó del susto y la congoja que lo afligía".¹⁰

El miedo fue un elemento importante, pues incluso se llegó a casos extremos: "Algunas personas se han inoculado la sangre de los coléricos; otras la han comido, otras han impregnado con ella sus vestidos; algunos han tenido el valor para acostarse al lado de los coléricos".¹¹

Sin embargo, este sentimiento era lógico, puesto que se daban las condiciones necesarias para que el miedo cundiera: mientras las campanas doblaban por algún difunto, los sacerdotes y predicadores desde los púlpitos presagiaban el Juicio Final, los creyentes repartían tarjetas de fallecimientos y los diarios y gacetas publicaban el número de enfermos y muertos.¹² Las autoridades prohibieron estos actos cuando percibieron los daños que la alarma causaba en la población.

Pero sin duda causaba más espanto "la continuidad con que atravesaban en todas direcciones calles y plazuelas los conductores de cadáveres, los más sin acompañamiento ni pompa algunos. Pocos iban metidos en ataúdes, los más envueltos en sábanas o petates; los sepultureros huían del oficio, aterrados



al ver a muchos que entregábanseles como cadáveres, levantarse demacrados, pero vivos en el instante de ir a ser depositados en las fosas. Por dondequiera se tendía la vista sólo se veían fúnebres comitivas, y personas vestidas de luto, y semblantes doloridos y desolados".¹³

Vicente Riva Palacio describió en una frase el ambiente que reinaba en la ciudad de México, durante la epidemia de cólera de 1833, en donde hasta "las gollondrinas huyeron de aquella atmósfera envenenada, las lluvias fueron copiosísimas y la mortandad de gallinas espantosa".¹⁴

Tal parecía que el cólera afectaba, de una u otra forma, a todo ser viviente del Valle de México.

LA IGLESIA Y EL GOBIERNO DURANTE LA EPIDEMIA

Mientras el cólera causaba estragos entre la población capitalina, los sectores pudientes se enfrentaban en una lucha por la hegemonía. Tal parecía que sus propuestas ideológicas estaban muy por encima de cualquier fenómeno natural.

En 1833 el gobierno de Santa Anna intentaba acabar con los espacios de poder que tenía el clero, por considerarlo de gran influencia dentro de las decisiones políticas del país.

La Iglesia respondió en dos frentes: desde los campos de batalla y desde el púlpito. En el campo de batalla "se recuerda el papel que desarrolló, en la revolución de Oaxaca, el padre Mercedario

Cuadros. No había sido el único de su clase que creyó llegado el momento de sacar a brillar la espada de San Pedro. Cuando se sofocó el motín del cuartel del Palacio, se encontró entre los rebeldes un fraile disfrazado con una peluca y armado de pistolas, y en Tehuacán fue descubierta una conspiración dirigida por el prior del convento de carmelitas de la ciudad de Oaxaca fray Francisco del Niño de Jesús, y fray Juan de los Dolores, quienes tenían escondidos dentro de un tanque doscientos fusiles".¹⁵

Por otro lado, el púlpito de las iglesias servía para difundir propaganda y culpar al gobierno de la tragedia que sufría el país. "El 8 de junio de 1833 el obispo de Puebla, don Pablo Vázquez, ordenaba rogar a Dios contra la epidemia, y excitaba la piedad de los fieles, expresando que la gran calamidad que sufría el país, era justo castigo del cielo, por los pecados cometidos y los ataques que sufrían las instituciones de la Iglesia".¹⁶

Era evidente que las palabras de los curas ejercían gran influencia; pues no podía ser de otra manera cuando "el pueblo era religioso por índole, hábitos, educación y principios".¹⁷ Esto se manifestaba en las grandes procesiones en las que se veía desfilar a cuestras de los fieles a los santos patronos, y que sólo servían como instrumentos de rebelión "promoviendo festividades religiosas que no tenían otro objetivo que el de llamar la atención sobre el riesgo que se decía correr la religión bajo la administración de Santa Anna".¹⁸

Eran muchas las críticas que recibía la Iglesia por parte del gobierno santanista, no sólo por sus acciones y el papel que estaba desempeñando en la guerra entre conservadores y liberales, sino por sus acciones meramente oportunistas frente a la epidemia del cólera.

Sin embargo, el clero se defendía arguyendo respecto a la intervención de los curas: "la creemos indispensable, por el prestigio que ejercen sobre los pueblos; sus consejos de salubridad, dichos en el púlpito, adquirirán cierta autoridad benéfica".¹⁹

Pero las acciones de la Iglesia sólo creaban una atmósfera de terror que conducía a la sociedad por el camino del ascetismo y la penitencia. Reaparecieron sectas de flagelantes, que durante la Colonia fueron comunes. El clero los defendía, puesto que "a unas halagan y alimentan con la esperanza, a otras asustan y amenazan con el terror pero siempre con el objeto de fortalecerlas en la virtud".²⁰

Las procesiones que antaño gozaban de popularidad, habían permanecido marginadas en 1833 por el ambiente político anticlerical que existía; sin embargo, la epidemia de cólera permitió que "las imágenes de Jesucristo, María Santísima Guadalupe, San Carlos Beltrán y San Sebastián", volvieran nuevamente a las calles.²¹ De este modo, al terror causado por la epidemia misma se unió el que, con el pretexto de implorar la protección divina, causó el clero "invadiendo las calles con imponentes procesiones, que los devotos veían pasar postrados en tierra pidiendo a voces misericordia y perdón de culpas que sin ningún secreto publicaban a gritos, entre estruendosos sollozos y ayes y lamentos de toda especie, y algunos se veían cargar al santo patrono a cuestras, sin que las autoridades se atrevieran a impedir aquellos actos... lo más solemne de aquellas procesiones fue la del 25 de agosto, dedicada a honrar la imagen El Señor de Santa Teresa".²²

Se distribuían papeles en que "bajo la advocación de algún santo, de la Virgen de Guadalupe, Loreto, La Soledad, etc., se pedía misericordia... recomendando que los pegasen en las puertas de sus casas, con alguna oración que tuviera indulgencias concedidas".²³

El gobierno de Santa Anna nada pudo hacer frente al fervor de la población, quien en la Iglesia encontraba refugio a sus sufrimientos. Don Carlos María de Bustamante se refirió al respecto: "Entrábamos en los templos, cuyas campanas por orden de las autoridades estaban mudas y sólo oíamos preces, letanias y ruegos fervorosos al Señor Sacramentado, implorando misericordia; las casas de los particulares semejaban monasterios, ya por la sobriedad con que se comía, ya por los rezos regulados a ciertas horas del día y de la noche, teniendo el primer lugar el Rosario de la Buena Muerte, que por momentos esperábamos

oírlo a las cabeceras de nuestras camas".²⁴

Así pues, la sociedad capitalina frente a la epidemia del cólera recurrió con angustia a lo sobrenatural mediante peregrinaciones, las procesiones, las novenas, las misas especiales, las predicaciones de sermones y los ejercicios espirituales.

Eso refleja la religiosidad de la sociedad cuando se teme a la enfermedad y a la muerte; cuando, sobre todo, el infectado cae en cuenta de que se halla impotente para luchar contra el cólera.

LA GUERRA CIVIL

A la insalubridad de la ciudad de México se agregaba otro elemento muy importante, que favoreció la propagación del cólera, y éste era la guerra civil.

El antagonismo existente entre conservadores y liberales, fue causa de que las medidas sanitarias, cuando las había, fueran bloqueadas. La inestabilidad política y económica propiciaba el constante cambio de autoridades y por ende la cancelación de programas. Tal fue el caso del Código Sanitario, que debía elaborarse en 1832, pero que por las vicisitudes políticas de ese mismo año y el siguiente no pudo llevarse al cabo.²⁵

Los servicios públicos con que contaba la ciudad de México eran destruidos por los incontables enfrentamientos entre ambos bandos.

Los capitalinos no sólo tenían sobre sí el cólera, sino también los estragos de una guerra obstinada y desastrosa. Liberales y conservadores no escucharon los lamentos de una población que se encontraba en medio del dolor de la enfermedad y de la guerra. Esta última contribuyó en gran parte a aumentar los estragos de la epidemia, por varias razones; primera: "porque a los enfermos se les obstruían los recursos para conseguir medicinas en virtud de que no podían tener toda la libertad necesaria pues no se halla en el mismo caso una ciudad en



cuyo seno se están batiendo dos divisiones militares, que aquella en que nada hay que temer".²⁶

Segunda: "porque en tales circunstancias ni se puede cuidar de la policía e higiene pública, ni el gobierno prestar algún auxilio a los pobres epidemiados".²⁷ Por último, "porque la invasión bélica hizo que muchísimos vecinos abandonasen sus casas, saliesen fuera de la línea en que se hacían los tiros de ambas divisiones, buscasen un asilo seguro contra los efectos del fusil y del cañón, y esto produjo necesariamente la reunión de muchas personas por unas mismas partes de la ciudad, y aun el acopio de muchos individuos en unas mismas casas".²⁸

Por otro lado, en ese año quedó demostrado que un buen propagador de las epidemias era el Ejército; pero, contrariamente, el peor enemigo del Ejército son las enfermedades epidémicas. La historia recoge muchos hechos en los que las campañas mejor preparadas fracasaron al impacto de las epidemias. Sólo recordemos cómo en las guerras napoleónicas murieron más soldados de tifo que de las heridas en campaña.²⁹

En México, durante la epidemia de cólera, Querétaro y Celaya sufrieron los estragos de dicha enfermedad una vez que las tropas de Santa Anna penetraron a esas ciudades. "Aumentó mucho el número de atacados y fue en progresión de día en día, con tanto exceso que a los cinco experimentó la baja de dos mil hombres de los cuatro mil de que se componía el Ejército".³⁰

Con el Ejército viajaba el cólera, que encontraba en los cuarteles condiciones propicias para desarrollarse. Eso dio origen a una serie de normas higiénicas para las unidades militares, entre las cuales destacaban las siguientes: a) Las tropas se acuartelarán en poblaciones pequeñas o acamparán en barracas; b) No habitarán en una misma población y campamento, ni siquiera dos batallones o escuadrones; c) Se recomendará el excesivo uso de las caballerías; d) Los soldados dormirán sobre tarimas, o cuando menos sobre petates, jamás al pelo de la tierra; e) Las tropas seguirán usando exactamente la misma alimentación a que están acostumbrados; f) Se prohibirá en las poblaciones y campamentos donde habitan las tropas, la venta de toda especie de frutas, para evitar el abuso que se pudiera hacer de las verdes.³¹

A pesar de que el gobierno intentó proteger del cólera al Ejército a través de bandos y decretos, también los soldados

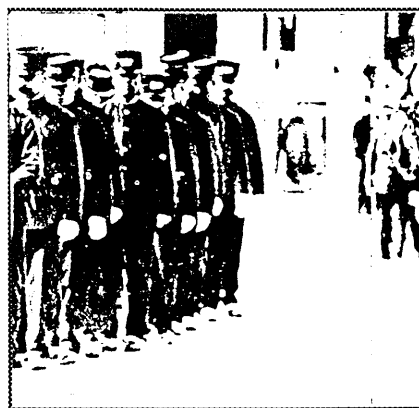
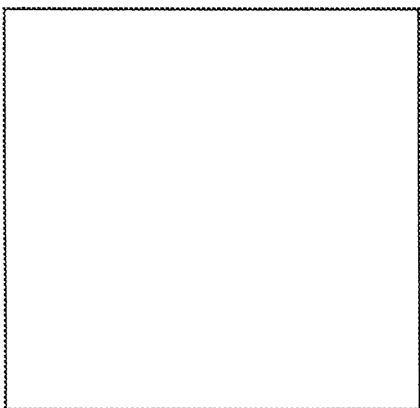
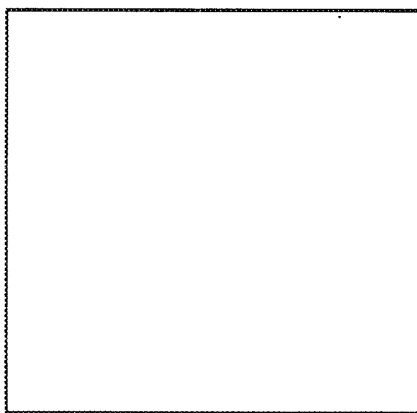
y oficiales sufrieron los estragos de la enfermedad.

El gobierno culpó a los extranjeros de la calamidad por la que estaba atravesando el país. Trató de crear en el pueblo un sentimiento de xenofobia, que permitía mantener al mismo en estado de alerta.³² Además de que era una forma de desligrarse de responsabilidades.

De esa manera se propagó, como si fuera un hecho comprobado, que los extranjeros habían envenenado las aguas que surtían a las principales ciudades mexicanas. Las consecuencias no se hicieron esperar, pues "en Izúcar fue asesinada una familia de franceses, en Cuahutla, unos alemanes escaparon milagrosamente de una turba de campesinos indígenas que pretendían exterminarlos".³³ En la hacienda de Atencingo, en el partido de Citla, los campesinos se sublevaron y asesinaron a seis extranjeros que allí residían, bajo el pretexto de que habían envenenado las aguas para causar el cólera.³⁴ En las ciudades de Querétaro y México sucedía algo parecido; sin embargo, en esta última se examinó el agua para consumo doméstico y resultó que contenía un nivel alto de gas-hidro-sulfúrico, por lo cual se recomendó que fuera hervida.³⁵

De esa manera, a los estragos que causaba la guerra civil se venía a agregar la demagogia santanista, que no dudaba en usar la epidemia para sus fines políticos.

Los miles que sucumbieron al cólera en el año de 1833, son evidencia de que



la inestabilidad política de una sociedad resulta un buen aliado de la muerte en tiempos de epidemia.

LA MEDICINA DECIMONONICA

Como lo habíamos señalado anteriormente, la inestabilidad social del país se reflejaba en las condiciones de vida de los habitantes de la capital, y por ende de las instituciones, que eran, en general, víctimas de la penuria.

Los médicos, incapaces de determinar la causa del cólera se remitían a aconsejar contra la enfermedad una serie de medidas, muchas de ellas dañosas y debilitantes, entre las que resaltaban las siguientes: dietas, ejercicios, reposo, baños, masajes, escarificaciones, ventosas, enemas, purgas y fumigaciones.³⁶

También se aconsejaba "no fatigar la cabeza con lecturas, meditaciones y... el sueño debe ser el de costumbre... es dañosa la tristeza, la ira, el miedo al cólera *morbis*; por el contrario es muy ventajosa la alegría moderada".³⁷ Se aconsejaba no sobrepasarse en el consumo de bebidas alcohólicas ni en las prácticas sexuales.³⁸

Pero sin duda, lo más interesante de estos consejos médicos, era el uso de las sanguijuelas. Se usaban cuando "son ligeros los calambres... y las piernas y los brazos se ponen muy tiesos, y se encogen o se alargan... se pondrán sanguijuelas sobre los huesos del espinazo, desde el cuello hacia abajo... esos animales se aplicarán después sobre las picaduras... si hay mucho sueño y camorra, se sangra al enfermo si hay pulso, si no, sanguijuelas detrás de las orejas o al cuello, y se sacará desde cuatro hasta diez onzas de sangre o más según su fuerza... si el dolor fuera en el vientre se pondrá al ano y al lugar adolorido".³⁹

Los sectores populares prefirieron los métodos antiguos como medios de curación. Estos consistían en el uso de hierbas que tenían gran arraigo entre la población, apoyado en las creencias que

le atribuían efectos poderosos. De esa manera, el uso de las hierbas se generalizó. A la hierba llamada *raíz del indio* se le atribuían efectos mágicos: "es un vegetal que pertenece al género *aristolochia* anguísida o fragantísima".⁴⁰

Otra hierba muy popular fue la *raíz de colombo*, de la que se exageró lo relativo a sus efectos;⁴¹ esta hierba tal vez sea la misma llamada *contrayerba* que se encontraba en mayor abundancia en Colombia y "se parece mucho a la espinaca, sin tallo alguno, y la raíz, que es la que se usa para hacer una tintura, es como de una media pulgada de grueso y cubierta de fibras y raicesillas".⁴² La forma de prepararla era como sigue: primero se macera la raíz en alcohol por una semana, o bien a fuego lento durante una hora, y entonces se administran de esta tintura al enfermo de cólera, tres cucharadas cada hora.⁴³

La hierba llamada *huaco* fue muy popular; era usada en la costa del Golfo, contra las picaduras de víboras, y también fue usada contra el cólera en el año 1833.⁴⁴

Algunos médicos realizaron pruebas por su cuenta, como el doctor Bolaños, quien llevó al cabo varios experimentos que tenían como base la electricidad artificial. Los resultados, él mismo nos los cuenta: "Notoriamente vi contenerse los vómitos y la diarrea cólerica. Mis esfuerzos no tuvieron buenos resultados... el paciente sucumbió a la reacción cerebral. Nuevos motivos tuve entonces para persuadirme de que la electricidad hace el

principal papel de la escena del cólera *morbis*".⁴⁵

¿Tenía el médico la facultad de emplear el método curativo que mejor le pareciese, aun cuando éste no tuviera la aprobación de la autoridad sanitaria?

Hasta donde hemos visto parece ser que sí, pues no encontramos un bando o decreto que señale alguna disposición al respecto.

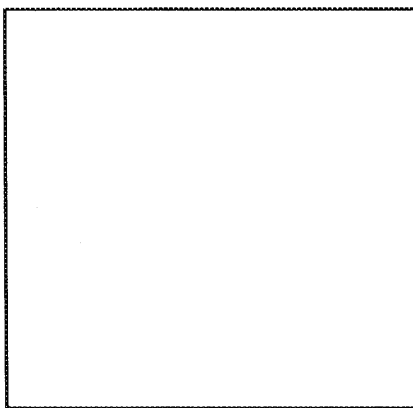
El desconocimiento de la cura del cólera y el empeño de los médicos por salvar la vida de sus pacientes provocaban que se emplearan todos los medicamentos y prácticas conocidos hasta ese momento, aun cuando pusieran en peligro la vida de los enfermos.

Para el hombre que vivió en esa época, el cólera resultaba un misterio: "Esta enfermedad camina por un fluido en que no existen buques de vela ni de vapor; su medio de transporte está fuera del alcance del hombre",⁴⁶ y las diversas formas de hacer frente a la epidemia, reflejaron la angustia de una sociedad que ignoraba las causas y el origen de la misma.

CONCLUSION

Como hemos visto, al cólera no le fue difícil entrar en la ciudad de México, pues sus habitantes, con sus excreciones y desechos, arrojados desde los balcones o los zaguanes hacia las plazas o las calles, les abrieron las puertas.

Sin embargo, estos problemas sanitarios venían siendo arrastrados desde la Colonia. Los sucesivos gobiernos virreinales se preocupaban más por su posición política ante el rey de España y por los cargamentos de plata que se dirigían a Europa, que por los graves problemas de insalubridad que padecía la capital de la Nueva España. Tal vez la excepción fue el virrey Revillagigedo, quien pretendió solucionar este y muchos otros problemas de diversa índole, pero llegó tarde, pues la población de la ciudad de México se había elevado y con ella los problemas sanitarios.



Por otro lado, la inestabilidad política, económica y social que caracterizó al país durante las primeras décadas del siglo XIX, impidió cualquier mejora en las condiciones sanitarias de la ciudad capital; cuando mucho se implementaron medidas que desde su nacimiento eran ley muerta.

Ante la tragedia que provocó el cólera, los diversos grupos que tenían el poder político-económico, supieron sacar provecho de esta situación. Cada uno por su lado, supo llevar agua a su cántaro, sin importar los sufrimientos de la población.

Mientras la Iglesia elevaba oraciones al cielo pidiendo clemencia para sus fieles, lanzaba desde el púlpito maldiciones sobre los habitantes del Palacio Nacional.

Tal vez el único grupo que no tenía intereses que cuidar y que ayudó hasta donde sus posibilidades científicas lo permitían fue el de los médicos.

Posiblemente muchos sucumbieron al intentar ayudar a los enfermos, los más acudieron a practicar todos los remedios y artificios posibles para curar a los afectados, la mayoría de las veces sin éxito.

De esa manera, el cólera encontró las condiciones necesarias para propagarse en la capital.

Pero sin duda, el cólera de 1833 abrió un parteaguas en la historia del país, ya que motivó al hombre de esa época a replantearse muchos aspectos de su vida terrenal en relación con las fuerzas naturales.

Ciudad de México, 1992



NOTAS

¹ *El Siglo XIX*, 7 de marzo de 1850. Las citas que se toman de este periódico describen la experiencia del doctor Juan Nepomuceno Bolaños, durante la epidemia de cólera de 1833 y que no fueron publicadas hasta 1850, cuando se temió que el cólera volviera a invadir la ciudad de México.

² *Ibidem*.

³ Archivo Histórico del Ex Ayuntamiento. Cloacas, legajo I, expediente II, p. 6.

⁴ Archivo Histórico del Ex Ayuntamiento. Cloacas, 515, legajo I, expediente 20, p. I, 1807.

⁵ *La salubridad e higiene pública de los Estados Unidos Mexicanos*. México, Secretaría de Gobernación, 1910, p. LXIX.

⁶ Prieto, Guillermo. *Memoria de mis tiempos*. México, Ed. Patria, 1976, p. 69.

⁷ Fernández del Castillo, Francisco. *Antología de escritos históricos médicos*. México, Facultad de Medicina, UNAM, tomo I, 1982, p. 574.

⁸ *El Siglo XIX*, 9 de marzo de 1850.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Archivo Histórico del Ex Ayuntamiento. Policía-Salubridad, expediente 3676, tomo I.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *El Siglo XIX*, 25 de mayo de 1850.

¹³ Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*. México, Ed. Cumbre, tomo IV, 1967, página 330.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*, p. 331.

¹⁶ Fernández del Castillo, Francisco. *Op. cit.*, página 574.

¹⁷ *El Siglo XIX*, 26 de abril de 1850.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *El Siglo XIX*, 13 de marzo de 1850.

²¹ *El Siglo XIX*, 27 de abril de 1850.

²² Riva Palacio, Vicente. *Op. cit.*, tomo IV, página 330.

²³ *El Siglo XIX*, 26 de abril de 1850.

²⁴ Riva Palacio, Vicente. *Op. cit.*, tomo IV, página 330.

²⁵ *La salubridad e higiene pública en los Estados Unidos Mexicanos*. *Op. cit.*, p. LXXV.

²⁶ *El Siglo XIX*, 10 de marzo de 1850.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ Sigerist, Henry. *Civilización y Enfermedad*. México, Fondo de Cultura Económica, Serie Clásicos de la Salud, 1987, pp. 139 a 141.

³⁰ Riva Palacio, Vicente. *Op. cit.*, p. 330.

³¹ Archivo Histórico del la Secretaría de Salud. Fondo de Salubridad Pública; Sección Epidemiología; Caja I; Expediente 17.

³² *El Siglo XIX*, 26 de abril de 1850.

³³ Fernández del Castillo, Francisco. *Op. cit.*, página 585.

³⁴ Riva Palacio, Vicente. *Op. cit.*, p. 331.

³⁵ Fernández del Castillo, Francisco. *Op. cit.*, página 585.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ Archivo Histórico de la Secretaría de Salud. Fondo de Salubridad Pública; Sección Epidemiología; Caja 6; expediente 3.

³⁸ *El Siglo XIX*, 9 de marzo de 1850.

³⁹ M.C. *Modo de curar el cólera morbo*. Puebla, 1833, p. 5.

⁴⁰ Archivo Histórico de la Secretaría de Salubridad. Fondo de Salubridad, S-M, Caja I; expediente 12.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² Archivo Histórico del Ex Ayuntamiento. Policía-Salubridad; expediente 3676; tomo I.

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ Archivo Histórico de la Secretaría de Salubridad. Fondo de Salubridad Pública; S-M; Caja I; expediente 2.

⁴⁵ *El Siglo XIX*, 13 de marzo de 1850.

⁴⁶ *El Siglo XIX*, 10 de marzo de 1850.